

Nuestra estúpida historia de amor

Guille Holden



Capítulo 1

Estoy en un autobús pensando en ti. Ya ves, no me podrás negar la cruel ironía que eso supone. Nosotros, que nos conocimos en un trayecto de metro entre Príncipe Pío y Metropolitano. Nosotros, que en cada mes de aniversario repetíamos el mismo trayecto jugando a recrear el maldito momento en que a ti se te cayó la bufanda al suelo a punto de bajarte y yo te avisé a tiempo. Nosotros, que declaramos la guerra a los autobuses de Madrid por el único motivo de que los considerábamos el gran rival de nuestro metro. Nuestro metro, el que vio nacer nuestra estúpida historia de amor, más estúpida que otras desde luego. Mirábamos con cierto desdén a los conductores de la EMT, lo recuerdo bien, porque ellos no sabían de nuestra historia y eso, para nosotros, significaba perderse la vida entera.

Nuestro metro de Madrid, el que nos vio besarnos por primera vez sentados en el interminable pasillo de Diego de León. Dijiste que estabas cansada de andar y te plantaste ahí. No tuve más remedio que sentarme yo también, aunque sabías lo poco que me gustaba hacer ese tipo de cosas. El primer beso ahí sentados después de no se sabe cuántas cervezas. El primer beso en el inmediato instante posterior a haberme negado que yo te gustaba y tu "nunca tendría algo con un tipo como tú", sin especificar lo que para ti era "un tipo como yo". Y después, te quedaste durante treinta y ocho meses y dieciocho días. Yo te hubiese dejado quedarte toda una vida, Paula, aunque a veces no lo pareciera.

El susto que me llevé cuando en El Palentino, de cañas y risas, vas y me cuentas que eres "de derechas, pero moderada", que para mí era lo peor que podía decirme una chica en los comienzos. Qué coño una chica. Era sin duda lo peor que TÚ podías decirme en los comienzos. Creo que el mítico Casto estuvo a punto de llamar a la ambulancia al verme completamente lívido en la barra. Me acuerdo de tu obsesión con Corme, un pueblo de Galicia al que finalmente me llevaste y de tu mirada de odio una vez allí cuando no quise subir al faro (yo, que era tan de faros) por mi vértigo. Era un cobarde. Lo sigo siendo. Tu mirada de odio, en aquel momento y en cualquiera, cómo olvidarla. La misma que pusiste la noche que llegaste a casa y viste la mesa del salón. Bueno, no. No la viste. No estaba porque me la había cargado yo solito con la peligrosa voluntad de arreglarla. ¡Ja! Arreglar yo algo, que soy especialista en destrozr cualquier cosa en la vida. Lo que está bien lo echo a perder y lo que asoma a desastre lo convierto en catástrofe. Como lo nuestro, sin ir más lejos.

Y qué me dices de las noches en El Fabuloso, que nunca se acababan.

Empezamos yendo porque un amigo tuyo pinchaba discos ahí, y nos quedamos toda la vida. Yo al menos, aunque ya no estés, Paula. Las primeras noches en tu cama de la que tú llamabas "mi choza" de la Calle Desengaño, que por cierto, nos ponía en preaviso de lo que estaba por venir. Pero embelesados en un amor tan idiota, a ver quién era el que se fijaba en algo tan tonto como el nombre de la calle en la que vive la chica de la que te estás enamorando. La legendaria torpeza de nuestro primer polvo y la extraordinaria forma de perder el sentido en los que lo siguieron.

Cómo te reías de lo indignado que estaba siempre ante la vida en general. A ti te afectaba todo menos en general y yo no lo podía entender. En qué momento te conté que nunca había ido a un karaoke. No paraste hasta emborracharme (qué fácil esa parte del plan, cabrona) y sacarme a cantar "y nos dieron las diez" que era una de nuestras treinta y cuatro canciones. Conquistamos el garito, ¿te acuerdas? (Sí, he dicho "garito", sí. La gente cambia.)

Mi absurdo empeño en dibujarte jirafas, tu animal favorito, en cualquier papel que cayese en mi mano. Tu jersey rojo del que siempre me decías que tenía una historia muy buena detrás y que me quedé sin saber, para siempre, me temo. Tu ilusión desmedida por cada pequeño acontecimiento. Tu forma de llamarme cretino cuando me metía contigo. Tus pocas ganas de ir a los conciertos de Lori Meyers. Llegué a sospechar que ese fue el motivo de que me dejases. Déjame decirte, por obtener alguna victoria en toda esta historia, que su último concierto, al que me di el gustazo de acudir solo, fue la puta hostia, Paula. Perdona, pero ya sabes mi tendencia a lo superlativo en la vida en general y a los tacos en concreto cuando bebo. Si es que soy un sentimental, Paula, y nunca te lo imaginaste, a que no. A que no, Paula. Reconócelo. Treinta y ocho meses y dieciocho días.

Tu capacidad única para hacer de la vida algo fácil y mi facilidad para ahogarme en un vaso de agua. Tal vez fue por ahí por dónde se empezaran a torcer las cosas y no, como yo siempre había estado convencido, porque "fueses de derechas, pero moderada". Pienso en todo lo que no hicimos, también, pero eso te lo contaré otro día porque fliparías con las cosas que no hicimos, Paula, créeme. Ya decía Sabina que no hay peor nostalgia que la de añorar lo que nunca, jamás, ocurrió. Y de sobra sabes que Joaquín no se equivoca nunca.

Hasta que un día me contaste lo del chico ese del club de lectura. "El subnormal aquel", como me gusta llamarle a mí. El mismo club de lectura del que yo me había reído en tantísimas ocasiones. El que siempre fue los

martes y, en los últimos meses, empezó a ser también los jueves y cualquier momento en el que querías escapar de mí y estar a solas con él.

He pensado muchas veces en intentar recuperarte en estos treintay ocho meses y dieciocho días que llevo sin ti, pero ya sabes, como mucho me hago el valiente con una espada de cartón y poco más. No me lo tengas en cuenta. Es mucho el dolor acumulado y lo que me ocurre simplemente es que no quiero volver a salir magullado. Si es que es de sentido común, joder, Paula, que mis padres dicen que es lo más importante en la vida y no les ha ido mal.

Dije al principio el “maldito” momento en que te recogí la bufanda. Y no lo dije por error. Fue maldito porque han pasado veintiséis meses y veinticuatro días y me parece que me dejaste ayer. Porque conseguí huir del recuerdo de cada mujer que pasó por mi vida y de ti aún no lo he podido hacer pese a mis numerosas tentativas (no te he contado: la primera después de ti fue una chica llamada Andrea , que en el primer día que me llevó a su casa me confesó, estando sentados en su sofá, que ella solía hablar con Satanás por las noches. De mujeres así es fácil huir, Paula, no como de ti). Te he contado esto porque necesitaba contarte algo que te hiciese sacar una carcajada tonta antes de acabar con esta nostalgia de nuestra estúpida historia de amor, más estúpida que otras desde luego. En nuestro metro. En nuestro Madrid.